

EL QUIRÓFANO (1895)

IZUMI KYÔKA

I

A decir verdad, fue por curiosidad. Lo cierto es que valiéndome de mi profesión de dibujante como excusa, forcé a un médico, Takamine, con quien tenía una relación casi fraternal, a que me permitiera ver en un hospital del distrito de Tokio la operación de la condesa Kifune, en la cual él iba a empuñar el bisturí.

Ese día, pasadas las 9, salí de casa e hice que el *rickshaw*¹ se apresurara al hospital. Cuando me dirigía al quirófono, me crucé en el corredor con dos o tres atractivas mujeres, con aspecto de servir en alguna casa de nobles, que venían de trasponer una puerta.

En medio de ellas iba una niña de unos siete u ocho años que vestía un abrigo,² y me quedé mirándolas hasta que desaparecieron de mi vista. Por el corredor que llevaba de la entrada al quirófono, y luego en los pasillos que conducían desde éste a las salas de los pacientes, vi a un caballero con frac largo, a militares con uniforme, a un personaje con *haori*³ y *hakama*,⁴ además de señoras y señoritas distinguidas; todos de aire aristocrático, se reunían, conversaban y estaban de pie como tejiendo una trama. Esto explicaba la presencia frente al hospital de varios carruajes importantes. Algunas de estas personas tenían expresión de dolor, o de preocupación, otras se mostraban inquietas, y entre todas creaban una sensación de intranquilidad con el ruido nervioso de sus pisadas, o de los *zôri*⁵ que resonaba extrañamente contra el alto techo desolado

¹ Vehículo con tracción humana.

² *Hifu*: abrigo.

³ Prenda que se utiliza como casaca.

⁴ Pantalones sueltos.

⁵ Sandalias.

del hospital y los grandes muebles, y en el largo corredor. El ambiente se percibía lúgubre con estos sonidos.

Después de un rato, entré al quirófano.

El médico, con un asomo de sonrisa en sus comisuras, estaba frente a mí, con los brazos cruzados y recostado contra el respaldo de la silla. No era la primera vez que sucedía, pero no debe de haber habido nadie que como él, bajo la responsabilidad de ver recaer sobre sí las tristezas y alegrías de nuestra alta sociedad, actuara tan sereno e inmovible, como si asistiera a una cena de gala. Lo secundaban tres ayudantes y un doctor asistente, y cinco enfermeras de la Cruz Roja, algunas con condecoraciones en el pecho, que supongo les habría otorgado alguien de alcurnia. No se veían otras mujeres. Los otros, el duque de tal, el marqués de cual, el conde de tal eran parientes y testigos presenciales. Entre ellos, un hombre, con una expresión que sería imposible adjetivar, se levanta desanimadamente: es un conde, el esposo de la paciente.

La condesa, observada por todos y objeto de la preocupación de quienes aguardan afuera, ha sido instalada sobre la mesa de operaciones, en el centro del quirófano. Éste está iluminado como para denunciar hasta el menor polvillo que pudiera haber, y produce una impresión de algo impenetrable y hostil. La condesa viste una bata blanca inmaculada, y yace acostada como un cadáver: el color de su cara es de una blancura extrema, la nariz alta, el mentón aguzado, las manos y las piernas tan delicados que no soportarían ni el peso de una seda fina. Los labios están descoloridos y apenas se entreven, cual perlas, sus dientes incisivos; los ojos permanecen fuertemente cerrados, pero las cejas dan la sensación de estar levemente fruncidas. El cabello, apenas sostenido por un lazo, se desparrama sobre la almohada y cae sobre la mesa.

Tan pronto vi la figura de la paciente, tan tenue, noble, pura, distinguida y bella, sentí un escalofrío.

Miré al doctor y no se le percibía la más mínima perturbación, se lo veía sin pesadumbre; su postura traslucía tranquilidad de espíritu, y era el único que allí estaba sentado. Su actitud podía calificarse como confiable, pero a mí, luego de ver a la condesa, me resultaba odiosa.

En ese momento entró recatadamente una dama de compañía, la que más se destacaba entre las tres con las que acaba-

ba de cruzarme por el corredor. Con tristeza le dijo al conde Kifune:

—Señor, la niña por fin ha dejado de llorar, y se encuentra tranquila en otra habitación.

El conde aprobó con un gesto.

Una enfermera fue hacia el médico.

—Señor.

—Bien.

Esa voz del doctor que contestaba con una palabra me sonó como un poco temblorosa. De pronto se había alterado ligeramente la expresión de su cara.

Aunque fuera una eminencia, en una situación como ésta, tan asombrosa e irregular, seguramente tendría motivo para verse preocupado, y me habría gustado expresarle mi solidaridad.

La enfermera interpretó la intención del doctor y dijo a la dama de compañía:

—Ya es hora, así que háblele sobre aquello.

Ella comprendió y se acercó a la mesa de operaciones. Saludó con una inclinación, llevando ambas manos a las rodillas y se dirigió a la condesa:

—Señora, ahora le suministrarán el remedio. Le ruego que cuente o recite el abecedario.

La condesa no contestó.

La dama repitió con timidez el pedido:

—¿Me ha oído?

—Sí —fue lo único que respondió.

—Entonces, ¿está preparada?

—¿Para qué? ¿Para la anestesia?

—Sí, dicen que debe permanecer dormida hasta que finalice la operación. Sólo será por un momento.

La condesa se quedó pensativa, en silencio.

—No, no lo hagan. —Su voz era firme.

Todos se miraron.

La dama intentó persuadirla:

—Si así fuera, no podrían curarla.

—No me importa aunque no se pueda.

La dama de compañía no supo qué contestar, y volvió la cabeza para observar la expresión del conde. Éste se adelantó y dijo:

—Señora, no diga tal despropósito. No puede ser que no le importe su curación. No actúe caprichosamente.

El marqués intervino desde un rincón:

—Si plantea tales imposibilidades, deben traer a la niña para que la vea. ¿Qué haremos si no mejora pronto?

—Entonces ¿consiente? —intervino la dama.

La señora negó con la cabeza pesadamente. Una enfermera, con voz dulce, dijo:

—¿Por qué se rehúsa? No es nada desagradable. Uno se adormece, y en seguida todo finaliza.

En ese instante, a la señora se le fruncieron las cejas y se le torció la boca, y parecía que le era insoportable el dolor. Dijo con los ojos apenas abiertos:

—Si me obligan, no puedo hacer nada. Yo guardo un secreto en mi corazón. Como dicen que la anestesia hace delirar en sueños, tengo pavor de hacerlo. Si no pueden curarme sin dormirme, no deseo el tratamiento. Suspendan todo por favor.

Por lo oído, la condesa tiene miedo de dejar escapar en murmullos su secreto durante el sueño, y lo defiende hasta con la muerte. ¿Cuál sería el sentimiento del esposo al escucharla? Si acaso dijera ella estas palabras en una situación normal, con certeza se generaría un problema, pero quienes están a cargo de enfermos no deben preguntar sobre nada, más aún conociendo el pensamiento de la condesa, que por su propia boca, claramente, ha hecho saber que tiene un secreto que no debe ser sabido por nadie.

El conde preguntó con suavidad:

—¿Es algo que no quieres que ni yo sepa?

—Sí, no puedo decírselo a nadie.

Su respuesta es tajante.

—Parece que no siempre se desvaría al aspirar la anestesia.

—Es algo tan importante para mí, que estoy segura de que hablaré.

—Nuevamente con ese impedimento.

—Bueno, ya, dispénsenme.

Lo dijo casi desafiante, y se dio vuelta con intención de darle la espalda, pero su cuerpo enfermo no le obedeció, y le rechinaron los dientes.

A pesar de todo esto, el único que no había alterado la

expresión de su cara era el cirujano. Un momento antes había perdido la calma, pero ahora otra vez se lo veía muy autosuficiente.

El marqués con una mueca dijo:

—Kifune, llegado este punto, debemos traer, como sea, a la niña y mostrársela. Cejará en su obstinación, al ver su dulzura.

El conde asintió:

—Ven, Aya.

—Sí, señor —Y la dama de compañía se volvió hacia él.

—Trae a la niña.

Sin poder contenerse, la señora la detuvo.

—Aya, no es necesario que la traigas, ¿es que acaso no pueden curarme sin anestesia?

La enfermera esbozó una sonrisa, como acorralada.

—Deben cortarle un poco el pecho, y si se mueve, corre peligro.

—Me quedaré quieta, pueden cortarme pues no me moveré.

No pude evitar sentir un escalofrío ante su increíble ingenuidad, pues difícilmente alguien sería capaz de soportar con los ojos abiertos la operación de ese día.

La enfermera dijo nuevamente:

—Señora, es inevitable que le duela un poco, pues no será lo mismo que cortarse las uñas.

La señora abrió bien grandes sus ojos. Su voluntad se había reafirmado. Dijo con voz enérgica:

—El médico que me opera es el doctor Takamine, ¿verdad?

—Sí, es el jefe de cirugía. Pero ni el doctor Takamine podría cortar sin causar dolor.

—Está bien. No me dolerá.

—Señora condesa, su enfermedad no es tan leve. Hay que levantar la carne, cercenar el hueso. Por favor, tenga paciencia.

Por primera vez, el asistente se expresaba con esta vehemencia. Pero ella no se alteró.

—Lo sé, pero no me importa en absoluto.

—Por la gravedad de su mal, me parece que está alterada —dijo sin ánimo el conde. A su lado, el marqués agregó:

—Entonces no lo hagamos hoy, posterguémoslo. Será mejor que la convenzamos con calma.

Al ver que el conde no objetaba nada, y que todos aceptaban esta proposición, el cirujano interrumpió:

—Si lo retrasamos un tiempo, no habrá recuperación. Ustedes no aprecian la gravedad del mal. No debemos hacer caso de las emociones. Enfermeras, sujétenla.

Bajo esta orden perentoria, las cinco enfermeras rodearon a la dama y la sujetaron de pies y manos. Para ellas la obediencia es responsabilidad. Sólo deben acatar la orden del médico, y no tomar en consideración ninguna otra emoción.

—Aya, ven. ¡Ay!

La señora llamó a su dama, con la respiración entrecortada, y ésta, agitada, interrumpió a las enfermeras, y con voz temblorosa pidió:

—Por favor, aguarden un momentito. Señora, comprendalas.

El semblante de la condesa se había vuelto azulado.

—¿De ningún modo lo aceptan? Entonces, por más que intenten curarme, moriré. Les digo que me operen así, que no hay inconveniente.

Y movió sus delgadas y blancas manos, se abrió un poco el escote y mostrando su pecho inmaculado, dijo:

—Bien, aunque muera, no sufriré. No me moveré. Pueden cortarme.

Se expresó con resolución, sin intención de modificar su decisión. Su dignidad aristocrática dominó el ámbito. Y los presentes guardaron silencio, sin atreverse ni a carraspear. En ese instante de mutismo e inmovilidad, el cirujano, que hasta entonces había permanecido inmóvil como muerta ceniza, se incorporó con agilidad, ordenando:

—Enfermera, el bisturí.

—Sí —Y una de las enfermeras, con mirada sorprendida, vaciló. Y, al tiempo que todos los que lo observaban se mostraban atónitos, otra entregó temblorosa a Takamine el bisturí esterilizado. Lo recibió, caminó haciendo sonar ligeros sus pasos, y se acercó a la mesa.

La enfermera, con temor:

—Doctor, ¿así está bien?

—Sí, creo que sí.

—Entonces, la sujetamos.

El cirujano levantó una mano e hizo un gesto deteniéndola.

—No, creo que no es necesario.

Ni bien lo dijo, abrió el escote de la paciente. Ella, inmóvil, tenía las manos cruzadas sobre el pecho.

El cirujano en ese momento dijo con tono grave y circunspecto, como si jurara:

—Señora, la opero bajo mi responsabilidad.

Su aspecto era extraño, como el de un santo intocable.

—Por favor —contestó la condesa, cuyas mejillas estaban excesivamente encendidas. Con su mirada clavada en Takamine, soportó, con los ojos abiertos, ver cómo se aproximaba el cuchillo a su pecho.

Miré, y como el ciruelo de invierno sobre la nieve, la sangre corrió del pecho y tiñó la bata blanca. La tez había empalidecido de modo extremo, pero, hierática, ni siquiera temblaron los dedos de su pie.

Hasta ese instante, los movimientos del cirujano eran rápidos, y sin pausa le había cortado el pecho, sin que nadie de la familia ni el otro doctor hubieran tenido tiempo de decir palabra, pero llegado este punto, todos temblaban o se cubrían la cara o se daban vuelta, o bajaban la vista, o como yo, se habían olvidado de sí mismos y sentían cómo se les helaba hasta el corazón.

Tres segundos después, la operación había alcanzado el climax, y me pareció que el bisturí había llegado al hueso.

—Ah —dijo con una voz profunda la condesa que, según comentaron, hacía veinte días ni podía volverse en la cama. De repente levantó su torso con la fuerza de una máquina, y aferró con ambas manos el brazo derecho de Takamine, quien sostenía el bisturí.

—¿Le duele?

—No, porque es usted, porque es usted.

Mientras decía esto, la condesa dejó caer su cabeza hacia atrás, y fijó en el facultativo su última mirada, que era la conjunción extrema de la serenidad y el espanto.

—¡Pero creo que usted, usted no me conoce!

Cuando dijo esto, apoyó una mano en el bisturí que sostenía Takamine y se lo hundió profundamente haciendo un tajo bajo un seno. El cirujano, completamente pálido, musitó aterrado y tembloroso:

—No la olvidaré.

Esa voz, esa respiración, esa figura, esa voz, esa respiración, esa figura. La condesa, con una sonrisa muy inocente y feliz, alejó su mano de la de Takamine y pareció apoyarse sobre la almohada. El color de sus labios había cambiado.

En ese momento, por el aspecto de ambos, parecía que no existían ni el cielo ni la tierra ni la sociedad, no existía nadie para ellos.

II

Si los contamos, han pasado ya nueve años. Takamine, en ese entonces, era todavía estudiante de medicina. Cierta día paseaba por el jardín botánico de Koishikawa con él. Era 5 de mayo, y las azaleas estaban en flor. Caminábamos uno al lado del otro, por el césped, alrededor del estanque, mirando las glicinas que estaban plenamente florecidas.

Cambiamos de dirección para ir hacia la colina de las azaleas, y fue en ese momento cuando llegó un grupo de paseantes desde otro lado.

El que marchaba adelante vestía ropa occidental, galera, y tenía bigotes. Luego venían tres señoras y por último otro hombre con indumentaria similar al primero. Eran conductores de los coches a caballo de los aristócratas. Las tres señoras que iban entre ellos, sostenían sombrillas que las ocultaban, y al caminar, producían un suave roce con sus ruedos. Cuando nos cruzamos, Takamine inconscientemente se volvió.

—¿Viste?

Takamine asintió.

Luego subimos a la loma y observamos las azaleas. Estaban espléndidas, pero solamente las había rojas.

Sentados en el banco al lado de nosotros, estaban dos jóvenes con aspecto de comerciantes.

—Kitsan, hoy hemos hecho algo bueno ¿no?

—Es cierto, de cuando en cuando debo hacerte caso. De haber ido a Asakusa⁶ y no haber venido aquí, no habríamos podido reverenciarlas.

—Las tres son muy parejas. No se sabe cuál es la flor de durazno y cuál la del cerezo.⁷

—¿Observaste que una llevaba peinado *marumage*?⁸

—No nos incumbe. Qué importa que lleve *marumage*, *tabanegami*⁹ o *shaguma*.

—Por su apariencia debería peinarse con *takashimada*,¹⁰ ¿pero por qué lo usará *ichô*,¹¹ con qué intención?

—*Ichô*, ¿no lo entiendes?

—No, es una mala broma.

—Se ocultan sin deseo de llamar la atención. ¿Notaste cómo se destacaba la del medio? La otra se veía como su *kagemusha*.¹²

—¿Qué te pareció su gala?

—La vi del color de las glicinas.

—No es suficiente valoración. Hay algo más. No pareces el de siempre.

—Bajé la vista porque me deslumbré. No era capaz de alzar los ojos.

—Entonces, ¿echaste una mirada debajo del *obi*?¹³

—No digas tonterías. Fue tan rápido que no hubo tiempo para nada. Qué lástima.

—No hay adjetivos para ese modo de caminar. Simplemente parecían marchar sobre brumas. Por primera vez aprecio lo que es el manejo del ruedo y las mangas; cómo se percibe su educación, su crianza. Ella vive genuinamente entre nubes. Nadie que viva en este bajo mundo, aunque quisiera, podría semejarle.

⁶ Distrito de Tokio, sobre la orilla este del río Sumidagawa. Tradicional lugar de diversión y comercio.

⁷ Flores que simbolizan pureza y nobleza.

⁸ Moño de semióvalo; peinado de mujeres casadas.

⁹ Cabello atado.

¹⁰ Peinado de mujer soltera.

¹¹ Peinado recogido en un moño en la parte posterior, propio de mujer mayor.

¹² Doble, persona usada para situaciones de peligro, ocultamiento o en estrategias militares.

¹³ Cintó ancho de kimono.

—Lo dices con dureza.

—Lo digo de verdad. Verás, después de prometérselo a Kompira,¹⁴ abandoné durante tres años el burdel. Pero mira cómo son las cosas, pasaremos a medianoche por la orilla llevando un amuleto. Es raro que no hayamos tenido un castigo. Hoy he tomado la decisión definitiva. Qué haré con esas tan feas. Mira tú, por aquí y allá se ven con sus bordes rojos,¹⁵ pero parecen basura o gusanos que se retuercen. ¡Qué tonte-ría!

—¡Cuánto rigor!

—No lo digo en broma. Mira. Tienen manos, se paran sobre piernas, se visten con *haori*¹⁶ y *kimono*, y hasta llevan las mismas sombrillas. Son mujeres, y además, jóvenes. Pero, al compararlas con las que acabamos de venerar, se ven tiznadas, repulsivas. Igualmente se las denomina mujeres. Es un disparate.

—Qué barbaridades estás diciendo. Pero es verdad. Yo también hasta ahora, cuando veía a una, sentía deseo, y a ti, también te causaba molestias. Pero, después de ver lo de hace unos momentos, se me limpió el corazón. A partir de ahora, basta de mujeres.

—Pero así nunca conseguirás ninguna. Tú, que dices llamarle Genkichi. Porque esa princesa no te llamará nunca.

—No blasfemes sobre algo que no ha de suceder.

—Y si ella te dirigiera la palabra, ¿qué harías?

—Sinceramente, me escaparía.

—¿Tú también?

—¿Y tú?

—También. —Se miran y se acaban las palabras.

—Takamine, ¿caminamos un poco?

Cuando nos pusimos de pie, y nos alejamos de las jóvenes, Takamine comentó con expresión de convencimiento: —Indudablemente la verdadera belleza conmueve a las personas, como acabamos de ver. Es tu especialidad, estúdialo, esmérate.

¹⁴ Dios que protege la navegación.

¹⁵ Alusión a la enagua (*zyuban*) que sobresale por el escote del kimono.

¹⁶ Prenda de vestir japonesa que se pone como casaca.

Por ser pintor, yo me sentí tocado.

Anduvimos cientos de pasos, y a lo lejos, bajo un frondoso alcanforero, vimos el vuelo de la tela lila.

A la salida esperaban dos robustos caballos de gran alzada, y en un carruaje de vidrios esmerilados aguardaban tres cocheros. Transcurridos nueve años, y hasta que sucedió lo de la clínica, ni una palabra me había sido referida por Takamine sobre aquella dama, y si bien por su edad y posición debería haber tenido una esposa que atendiera su casa, no la tenía, y su conducta era mucho más estricta que en su época de estudiante. No debo decir mucho más.

En el cementerio de Aoyama y en el de Taninaka, desde distintos sitios, el mismo día, con diferencia de horas, partieron juntos.

Pregunto a los creyentes de este mundo ¿ellos pecaron y no podrán aspirar al cielo?

Meiji 28, junio (1895)

Traducción del original japonés:

VICTORINA TOTSU

AMALIA SATO

